

EL BUEN PESCADOR

Era un poco original aquel padre. Todo el mundo le conocía y en todas partes se encontraba aquella su figura venerable, de cabellos grises, con su bondadosa sonrisa y sus gafas verdes, que una pertinaz dolencia de la vista le impedía abandonar. Todos los días, antes y después de celebrar su misa, pasaba largo tiempo encerrado en su confesonario, esperando que los fieles se acercasen a purificar sus almas en el santo tribunal; y a esto lo llamaba su ejercicio de caza; pero tenía otro oficio, que era el de pescador, y consistía no en esperar a los pecadores, sino en ir a buscarlos.

Así, cuando conocía algún cristiano de conducta licenciosa, o en cuya vida, al parecer honrada, adivinaba su ojo avizor algún misterio de iniquidad, hacía los posibles y los imposibles por acercarse a él como por obra de la casualidad; y siendo el buen jesuíta hombre de mucho mundo, de finas maneras y amena conversación, pronto se captaba las simpatías del perseguido, y aun de toda la familia. Por este medio había logrado a veces conversiones muy edificantes y ruidosas, aunque en alguna ocasión hubiese visto también burlado, y aun escarnecido, su celo. Sus dignos compañeros encontraban el sistema un tanto arriesgado; y los prudentes del siglo, censuraban duramente sus exageraciones y entrometimientos; pero él contestaba a todos con calma imperturbable.

—¿ Recuerdan ustedes que nuestro Señor Jesucristo nos llamó pescadores de hombres? Y el pescador, ¿ espera, por ventura, que los peces se le metan en casa? No, sino que va a buscarlos a la orilla del río, y hasta se introduce con su barca río adentro para tender las redes y lograr pesca más abundante y lucida. Pues esto es, lisa y llanamente, lo que yo hago; desempeñar mi oficio. Suponiendo que mi diligencia fuese siempre vana, yo sé bien que el Dueño a quien sirvo no se ha de mostrar quejoso de mis imprudencias.

Había llamado poderosamente la atención del buen padre, un anciano de elevada estatura y humilde aspecto, que todas las mañanas oía la primera misa arrodillado en el más oscuro rincón de la iglesia de la Compañía. Estaba aquel lugar frente por frente de su confesionario, y sin poderlo remediar, pasaba largos ratos observando, a favor de sus gafas, aquella figura de cabellos blancos, con la cabeza siempre inclinada, entornados los ojos y cruzadas las manos, inmóvil como si fuese una estatua; y al través de aquella apariencia tan pacífica, su mirada escrutadora de conciencias, creía traslucir el rudo batallar de una existencia tormentosa.

Veíale llegar todos los días a la misma hora, siempre solo, reposado y taciturno, y salir de la misma manera, sin haber desplegado sus labios en la oración, poniendo, al parecer, exquisito cuidado en evitar todo contacto con los demás fieles y cediendo el paso a cualquiera que hallase en su camino, con tal solicitud, que más que cortesía de hombre bien educado, parecía ser repugnancia invencible de misántropo convencido.

Todas estas circunstancias estimulaban el celo de nuestro apóstol, que trató mil veces de poner sitio a aquella fortaleza, aunque sin resultado. Supo únicamente que el sujeto en cuestión vivía solo, que era muy pobre y se dedicaba a la venta de revistas piadosas en la puerta de una iglesia, que no hablaba con nadie ni pedía limosna, pero si se la ofrecían, no la rechazaba. Por este camino se acercó a él el jesuíta; pero nada sacó en limpio de las breves pláticas que con él sostuvo, y a las que el seudo mendigo ponía término prontamente.

Así las cosas, una tarde recibió el padre un aviso en que se le rogaba fuese al hospital general a ejercer su santo ministerio cerca de un moribundo; y allá se fue sin demora.

Cuando entró en la sala del hospital, y a la media luz del crepúsculo buscó el número que le habían indicado, vio un lecho en desorden, en el que acababa de expirar una mujer joven, cuya revuelta cabellera negra

formaba siniestra auréola en derredor de un semblante amarillo y terriblemente desencajado. Una hermana de la caridad, que había recogido el último aliento de la difunta, volvióse al sentir los pasos del jesuíta, y dirigiéndose a él con las manos cruzadas y el terror pintado en su rostro, exclamó:

—¡Ay, padre! Todo ha concluído. Llega usted demasiado tarde.

—¡Demasiado tarde!... —repitió como un eco la voz alterada y cavernosa de un hombre que, apoyado en la cabecera del lecho, permanecía inmóvil con la mejilla en la mano.

Ni miró al recién llegado ni varió de postura al sentirle; pero él le había reconocido: era el viejo de la misa del alba. Parecía más delgado, más viejo, más abatido que de costumbre; sus cabellos estaban más encanecidos, y el terrible pliegue de su entrecejo, más sombrío y amenazador que nunca.

Miróle el padre con íntima compasión, y acercándose a él, le dijo dulcemente, señalando al cadáver:

—¿Pertenece, tal vez, a su familia?

Alzó el viejo la nublada frente, y, fijando en el sacerdote una mirada agresiva, contestó:

—Yo no tengo familia—Y cubriéndose con ambas manos los ojos enrojecidos y secos, añadió:

—Yo, señor cura, soy un náufrago de la existencia; yo consideraba a esa mujer como mi última tabla de salvación. La Justicia divina acaba de romper esa tabla, y yo quedo para siempre abandonado de Dios y de los hombres.

—No hable usted así, amigo mío; Dios no abandona nunca a los suyos.

Entonces el anciano, irguiéndose feroz como el genio del mal, y rebosando en cólera impotente, replicó, en una especie de rugido sordo, como trueno lejano:

—¡Es que yo no soy de Dios!

Volvió con esto la espalda, y salió de la sala a pasos de gigante, sin dirigir una postrer mirada a la muerta, y dejando mudos de espanto a los dos religiosos.

Este suceso avivó más aún el interés que el ministro de Dios sentía por aquella oveja descarriada, y allí mismo formó propósito inquebrantable de no cejar en su empeño, hasta conseguir el resultado apetecido. Se enteró de que la mujer fallecida en el hospital era hija del anciano, y buscó a éste durante muchos días, hasta que vino a hallarle gravemente enfermo en una mísera guardilla, donde una pobre mujer lo había recogido por caridad. El desgraciado se negó tenazmente a recibir los consuelos y aun la visita de su generoso protector; pero éste, con la misma tenacidad, siguió fijo en sus trece, hasta que la constante dulzura de su trato y la largueza con que se encargó de proporcionarle cuanto su triste situación reclamaba, fueron venciendo aquella naturaleza cerril, y haciendo que acabara por desear lo que tanto había rehusado. Ya en este terreno, el padre supo aprovecharse del ascendiente que visiblemente iba adquiriendo sobre el ánimo del enfermo, y con ligeras insinuaciones acerca de la eternidad del alma, de la posibilidad de una muerte próxima, o de la misericordia divina, fue disponiendo aquel corazón rebelde para que en él penetrara el soplo del arrepentimiento. Al principio, sólo por respeto y por gratitud oía el viejo sus protestas aquellas pláticas; un poco más adelante, ya no le repugnaban tanto, y finalmente una tarde en que se hallaba con la cabeza más despejada, habló de este modo al misionero:

—Bien he comprendido, padre, a dónde qu'ere usted ir a parar con sus amonestaciones: usted desea que yo muera como buen cristiano; pero ha de saber usted que eso es imposible...

—¿Imposible? Para Dios no hay imposibles.

—Pero sí para las criaturas; y un imposible sería para mí...

—Para usted sí; pero como Dios ayuda...

—Pues bien, padre: por mucho que me cueste, y aunque este esfuerzo me agote y concluya con mi aborrecida existencia, voy a contar a usted la historia completa de mi vida, no como confesión, sino como de amigo a amigo, puesto que tan bondadosamente ha querido usted serlo mío.

—No deseo otra cosa, hijo mío: y agradeceré a usted esa prueba de confianza, más de lo que yo puedo ponderar.

—No comprendo ese interés; pero en fin; escuche, y juzge lo que de mí puede esperar. Nada exagero si digo que llevo el sello de la reprobación en el alma desde que nací: he llegado a viejo, y he pasado por la tierra haciendo mal. Tengo a mi cargo la muerte de mi madre y de mi esposa, de mi hija y de mi mejor amigo: las tres primeras murieron víctimas de mi abandono, y el último... el último pereció a mis manos.

—¿Usted le mató, hijo mío?

—Sí, padre—contestó con voz ahogada el anciano— Yo le maté, le maté a traición, como correspondía a un sér tan abyecto como yo. Para que se forme usted idea clara de la empresa que se ha propuesto realizar, devolviendo mi alma a Dios, es preciso que le dé a conocer mi vida desde sus primeros pasos. Nací en una importante capital de provincia y en una familia de antiguo abolengo, aunque no rica: me crié con relativo bienestar, y de haber seguido los consejos de mi madre, hubiera podido hacer una carrera honrosa y procurarme un porvenir tranquilo; pero mi tendencia a la holganza y mi carácter brusco e indomable, necesitaban una mano mucho más firme que los corrigiera. Mi padre no se preocupaba de esto: yo apenas le veía, y cuando mi madre reclamaba su ayuda para castigarme por alguna fechoría o para obligarme a estudiar, me dirigía violentos apóstrofes y me asustaba con sus explosiones de cólera, de suerte que llegué a temerle, pero no le quería ni tuve jamás deseo de agradaarla en nada. Un día, al volver yo a casa, me salió mi madre al encuentro muy afligida y me dijo:

—Hijo mío: a tu padre ha debido sucederle alguna desgracia, porque hace tres días que no parece y no tengo noticia de él. Vén; pidamos a Dios que nos descubra su paradero. Pero yo, ni rezaba, ni lloraba, ni comprendía el llanto de mi madre; antes bien, recuerdo que cruzó por mi mente esta idea satánica: Si no volviera... Y no volvió, en efecto: a los pocos días, mi madre me dijo que había muerto: ella se vistió de luto, y desde entonces, cada vez la vi más triste y más abatida. A mí me quería mucho; pero sus lágrimas continuas me encoraban, y como ella no podía transigir con mis maldades y hacía cuanto podía por obligarme a entrar por la senda del trabajo y la honradez, me cansé bien pronto de sus amonestaciones y resolví huír de mi casa. El demonio, que ya me tenía por suyo, me ayudó, descubriéndome el sitio en que mi madre guardaba unos cuantos puñados de monedas, que para mí representaban la felicidad; me levanté, pues, cautelosamente una noche, descerrajé el mueble que las contenía, me apoderé de ellas, y salí de aquella desdichada vivienda con ánimo de no volver más. Así entré por las puertas de la vida, convertido ya en ladrón, y ladrón que acababa de robar a mi misma madre.

—¿Cuántos años contaba usted entonces?—preguntó con cierta alteración el religioso.

—Quince, nada más; pero la enumeración de mis iniquidades es larga; y si le canso tal vez...

—De ninguna manera: siga, siga mientras no se fatigue; es preciso que me descubra su corazón como si hablase con Dios mismo.

—Padre...

—Siga usted, hijo mío—interrumpió dulcemente el religioso.

—Con aquel dinero me trasladé a Madrid, donde, mudando mi nombre, entré en el círculo de esos jóvenes que, perteneciendo a familias honradas, por falta de dirección o por sobra de maldad, se entregan a una vida licenciosa y canallesca. Pasé entre ellos por un

provinciano fabulosamente rico, que no necesitaba pensar más que en derrochar una fortuna inmensa; así es que en todas partes era recibido en triunfo y agasajado como un príncipe, y mientras duró el producto de mi robo, todo fue vida y dulzura; cuando me vi sin una peseta, empecé a estafar a mis amigos con mil embustes, haciéndoles creer siempre que esperaba grandes remesas de fondos; pude hacer esto mientras duró en aquella chusma la buena impresión que habían hecho mis larguezas de los primeros tiempos; hasta que, hartos de tanta superchería, vieron clara mi situación, y todos me abandonaron, negándose a prestarme un céntimo, y rechazando con groseros desplantes mi amistad, antes tan solicitada.

No son para descritos los apuros que por entonces pasé ante la imposibilidad de procurarme lo preciso, después de haber gastado tanto superfluamente. No había que pensar en trabajar, porque ningún trabajo sabía hacer ni me sentía capaz de aprender cosa alguna; lo que hice, fue descender cada vez más por la pendiente de la degradación, y engañar mis hambres y mis desesperaciones con esta fas, hurtos, atracos, con todas las picardías que pueden cometerse, burlando la acción de la justicia, en estas hediondas Babilonias modernas: todas mancharon mi conciencia y enervaron mi espíritu hasta dejarle incapaz de distinguir el bien del mal. Cuatro años permanecí en aquella manera de vida, tan irregular y vergonzosa, que pudo haberme llevado al presidio o a la horca, cuando, por pura casualidad, llegó hasta mí la noticia de la muerte de mi madre: algún escorzor produjo en mi alma la consideración de la parte de culpa que en aquel triste suceso me cabía; pero en mi espantoso rebajamiento moral, ningún sentimiento noble podía dominarme mucho tiempo; y desechando pronto la primera impresión deprimente, pensé que lo que me convenía era volver a mi pueblo natal, donde acaso me esperaba una pequeña herencia, y quién sabía si la compasión y la ayuda de los que fueron amigos nuestros...

Y dicho y hecho: despojé a un mi compañero de su traje, que estaba un poco menos andrajoso que el mío, y a costa de mil penalidades y trabajos, me hallé a los pocos días en el hogar de que yo debería ser puntal y corona, y no había sido sino castigo y vergüenza. Rodeáronme, como yo esperaba, algunos parientes lejanos, que me pusieron en posesión de los mezquinos haberes que mi madre me legara al morir, y echando piadosamente un velo sobre lo pasado, pretendieron hacerme ver que era llegada la hora de renunciar a las locuras de mis primeros años y recobrar la estimación de mis conciudadanos, haciéndome un hombre de provecho. No sonaban mal en mis oídos aquellas palabras de aliento y regeneración después de tanta mala ventura como había sufrido en mis andanzas bohemias; así, que fingiendo un arrepentimiento hipócrita, me consagré al arreglo de mis pobres negocios, para prepararme a vivir como las gentes honradas. Tuve la gran suerte de que los antiguos amigos de mi familia me acogieran con benevolencia y me alentaran con sus consejos y protección, olvidando mis infamias pasadas, que calificaban de travesuras infantiles y casi inconscientes.

Extremó particularmente sus bondades para conmigo un nobilísimo caballero, que siempre fue vecino nuestro, y cuyo hogar, verdaderamente cristiano, constituido por él, su excelente compañera y un hijo algo más joven que yo, fue el paraíso en que me introduje en calidad de sierpe mortífera.

El religioso hizo un movimiento que pudiera parecer de impaciencia, y preguntó sordamente:

—¿Recuerda usted el nombre de ese caballero?

—¡Oh! Imposible me será olvidarlo: se llamaba don Antonio de Lanuza, y su hijo, Alberto.

Hubo un momento de pausa, durante el cual las manos del sacerdote se entrelazaron apretándose con tal fuerza, que se oyó el crujir de todos sus huesos: después, su voz serena y dulce, dijo:

—Continúe.

—Este señor, que era magistrado y hombre de gran posición, había conocido a mi padre, y lamentado mucho el cataclismo en que había visto hundirse mi casa, aprovechó gustoso la ocasión que se le ofrecía de ayudarme a recobrar lo perdido, haciendo de mí un ciudadano útil.

Por aquel tiempo vacó la plaza de contador del ayuntamiento, que años atrás había desempeñado un abuelo mío, y don Antonio puso en juego todas sus influencias para conseguir que me fuese adjudicada: yo, que no había hecho carrera alguna, por mis perversas inclinaciones, y no por falta de aptitud para el estudio, recordando algo de lo que ya sabía y trabajando con entusiasmo, pude ponerme pronto en condiciones de ocupar el cargo, que, gracias al prestigio de mi protector y entregando él una crecida fianza, me fue adjudicado.

Poco después, queriendo afirmar mi reputación de hombre serio, me casé con una joven de buena familia, dignísima de mejor suerte; y como había sido mal hijo, fui mal esposo y mal padre, porque, aunque sentía en mí cierto prurito de parecer persona decente, no lo era ni quería serlo; y la aparente felicidad de mi hogar se deshizo bien pronto, no quedando sino sombras y lágrimas. Pero esto no se sabía, y yo continuaba disfrutando de la estimación general y siendo recibido en todos los círculos en que alternaban los hombres de pro. Al año de matrimonio, mi mujer me dio una hija, hermosa como ella y como ella desgraciada por culpa mía.

Para abreviar, diré a usted que yo sentía de una manera loca la nostalgia de la vida aventurera, que se me hacía insoportable mi falsa situación de funcionario público, probo e intachable por fuera solamente, que aborrecía con toda mi alma a los que ostentaban el blasón de su buena fama, ganado legítimamente; y sobre todo había llegado a no poder sufrir a mi amigo Alberto, porque era el hombre más cabal que conocía y al que debía mayor reconocimiento. Parecíame que su conducta, siempre ajustada a la ley de Dios, era un in-

sulto perpetuo para mí. Llegó esto al extremo de no poder ver a ninguno de aquella casa sin irritarme; y cada nuevo favor que me hacían (y me los prodigaban sin tregua), levantaba en mi pecho una tempestad de odios y deseos de venganza; y mientras me aprovechaba de sus bondades, sentía unos terribles impulsos de estrangularlos.

En esta situación de ánimo, y harto a más no poder de la vida de familia, de la que no era digno, y de las trabas que las exigencias sociales me ponían, determiné concluir con todo, me apoderé de una crecida cantidad perteneciente a los fondos municipales, y sin que nadie pudiera sospechar nada, tomé el tren para París, no sin haber desbaratado antes, valiéndome de la difamación calumniosa, el matrimonio que mi amigo Alberto tenía concertado. Era mi segunda escapatoria; y ésta sin esperanza de arreglo posible.

No cansaré a usted refiriéndole mi vida en aquella sentina de París: usted se la figura. Solamente diré que permanecí allí dos años, sin querer saber nada de los míos; y sólo cuando volví a encontrarme pobre, hambriento y despreciado, me acordé de mi patria. Se trabajaba entonces en España por sofocar una insurrección de la isla de Cuba, y aprovechando tan feliz circunstancia, vine a Madrid y me alisté como voluntario en un regimiento próximo a embarcar para América. Iba yo con ansia de nuevas aventuras, esperando hallar fuentes ignoradas de placeres en aquellos países desconocidos, buscando siempre por caminos tortuosos una felicidad que no existe.

Embarcámos con buen tiempo, y en la primera semana de travesía, nada sucedió que de contar sea; pero en la tarde del séptimo día, comenzó a picarse el mar y a nublarse el horizonte, hasta obligar a fruncir el ceño a los más expertos marinos; cerró la noche preñada de amenazas, y nuestro buque comenzó a sentir el vaivén de las olas más de lo que fuera justo. Esto produjo la natural confusión a bordo; y entre el ir y venir de la

marinería, pude deslizarme sobre cubierta, no sobresaltado, sino curioso de ver aquel espectáculo: andaba buscando los sitios más solitarios, cuando en una de mis evoluciones divisé el bulto de un hombre, temerariamente apoyado sobre la borda; era un oficial de marina. Quise retirarme; pero antes de que pudiera hacerlo, él se dirigió a mí, y acercando su rostro al mío, mientras con mano de hierro me sujetaba, preguntó con voz sibilante: ¿Me conoces? ¿Me conoces, canalla, estafador, falsario, ladrón?...—Era Alberto de Lanuza, que se me aparecía en medio de la tormenta, como llovido del cielo, para pedirme cuentas de su boda deshecha, de su felicidad perdida, de la perfidia de mi comportamiento con su padre, de toda aquella cadena de traiciones y felonías con que yo pagué su lealísima amistad. Por el momento quedé ante él mudo y frío, sin poder hablar y casi tentado de caer a sus pies; pero mi soberbia por una parte, y por la otra la perspectiva del presidio, despertaron en mí el instinto de la defensa, y volví a ser el de siempre. No traté de contestar a sus insultos, porque una sola idea me obsesionaba: deshacerme de él.

El infierno vino en mi ayuda: la tormenta arreciaba y el buque subía y bajaba, cabalgando sobre montañas de espuma; en una de sus furiosas acometidas, una ola inmensa se lanzó sobre nosotros. Alberto, ducho en aquellos trances, había evitado el peligro con un salto prodigioso; pero yo, situado en mejor lugar, me puse en su camino, haciéndole resbalar y caer, y el agua hizo lo demás, arrastrando su cuerpo hasta el abismo. Un segundo le vi a la luz de un relámpago, con los cabellos erizados y los ojos espantosamente abiertos; y en medio del fragor de la tempestad, percibí su voz enronquecida que, como un eco de la justicia eterna, me gritaba:

—¡Maldito seas!

El religioso quiso hablar; pero un violento golpe de tos ahogó sus palabras, mientras el viejo proseguía:

—No sé lo que entonces pasó por mí : corrí a encerrarme en lo más profundo y escondido, y durante el resto del viaje fui víctima de una enfermedad que me puso a las puertas de la muerte ; recobré, sin embargo, la salud, y serví en Cuba durante toda aquella campaña, pero era otro hombre, desnudo de ambiciones y deseos, a quien no seducía ya el brillo del oro ni el atractivo de los goces mundanos. Estaba siempre taciturno, y por efecto de una extraña alucinación, me parecía estar viendo siempre, con los ojos del alma, el cadáver de Alberto, arrastrado por las olas, y oír el eco de su postrera maldición . . . ¡ Han pasado treinta años, y aún me sucede lo mismo ! . . .

Cuando terminó la guerra y fuimos repatriados, volví a mi tierra, donde, sin darme a conocer a nadie, supe que mi mujer había muerto en la miseria, y que mi hija vivía en Madrid ; y aquí me vine tras ella. Mucho tiempo pasó sin que pudiera averiguar su paradero, y cuando por fin la encontré, me arrepentí de haberla buscado. Me di a conocer a ella, y me rechazó brutalmente ; la amonesté para que dejara la vida infame que hacía, y me contestó con los más groseros insultos, acusándome de ser el único autor de su envilecimiento ; era espantoso, pero era verdad, y dejé de verla, siguiendo sus pasos desde lejos, y sin que ella supiera que su vida había llegado a constituir mi preocupación constante, mejor diré, mi eterna pesadilla.

Como usted ha visto, yo nunca fui creyente ; pero al mirar hacia atrás y reconocer que en ninguna cosa había hallado la felicidad, tan locamente buscada, al verme viejo, pobre y justamente despreciado, comencé a pensar que no era posible que mi destino fuera vivir y morir de este modo : me acordé de mi madre, y quise orar como ella y creer y esperar lo que ella esperaba y creía. Entonces me vi tan abominable, que tuve miedo, un miedo horrible de que existiera un Dios vengador ; y por no sé qué fenómeno psíquico inexplicable, me aferré a la idea de que mi regeneración dependía de la

de mi hija : me parecía que mientras aquella desdichada siguiera arrastrándose en el cieno de su mala vida, yo, que debiendo ser su sostén, fui la causa de su ruina moral y material, no podía atreverme a mirar al cielo. Y así he vivido, esperando sin esperanza, un cambio que no había de ver mi pobre Eloísa, y pensando que a todo trance ella había de ser mi medianera para con Dios. Por esto me veía usted todos los días en misa, aunque no sabía lo que iba a hacer allí, pues no sé orar, ni puedo decir que me llevaba la fe que no tengo . . .

—Sí, sí, hijo mío. Usted tiene fe.

—Me figuré que llegaría a tenerla, si mi hija me hubiera abierto el camino ; pero ya lo ve usted ; ha muerto como había vivido, y renegando de mí . . . Y ahora que lo sabe usted todo, padre : ¿ cree usted que ese Dios de que usted habla, ese Dios tan justo, tan puro, tan impecable, querrá perdonar tantos crímenes y admitirme en el número de sus escogidos ?

—Lo creo con toda certidumbre.

—Pues yo no.

—Usted no sabe lo que dice.

—Desgraciadamente, lo sé muy bien. Hay muchos desventurados que seguramente me maldicen en este mundo y en el otro, como me maldijo mi amigo en el dintel de la eternidad, y . . .

—¡ Oh, cállese, cállese, amigo ! Los secretos de las almas pertenecen sólo a Dios. Jesucristo vino a buscar a los pecadores, no a los justos : la Iglesia intercede por todos, y usted tiene, además, la intercesión constante de una madre en el cielo. Yo sé que usted está arrepentido, y no necesita más que meditar despacio sobre su situación y sobre la bondad inmensa de Dios, que no rechaza jamás al alma que arrepentida le busca. Para que usted éntre en sí mismo y se disponga a recibir la absolución de sus pecados, voy a dejarle ahora . . .

—¿ Se va usted, padre ?

—Me voy para volver mañana, y no me iría, si usted necesitara de mí por la noche. Conque sosiegue su espíritu y piense mucho en lo que acaba de oír.

Y se fue el padre, dejando al enfermo menos abatido, y aun algo animado, como si ante sus ojos hubiera visto entreabrirse la puerta de la esperanza.

Al otro día muy de mañana, en cuanto el jesuíta dijo su misa, se personó en el mísero tugurio donde se le esperaba con ansia. La enfermedad había hecho grandes progresos, y el viejo se sentía exhausto de fuerzas, aunque su espíritu estuviera menos sombrío y atormentado que la víspera. Iluminóse su rostro cuando vio entrar al religioso, y exclamó conmovido:

—¡Gracias, mil gracias, padre! Temí que no volviera...

—¿Y por qué temió usted eso, hijo mío?

—Porque después de conocerme...

—Con mayor motivo.

—¿Y sigue usted creyendo que yo... que hombre que tiene mi negra historia... puede?...

—¿Purificarse por medio del arrepentimiento y, redimido con la sangre de Cristo, entrar en el reino de los cielos? Sigo creyéndolo, y con más firmeza que ayer.

—¿De veras, padre?

—De veras. Me lo dice su acento, su alegría al volver a verme, todo el ambiente que aquí se respira, y que es muy distinto del de los días anteriores.

—¡Ah, bendito sea Dios!

—¿Lo ve usted, lo ve cómo Dios ha entrado en su corazón?

—Míre usted, padre: para creer en la Bondad divina, me basta haber conocido a usted; pero cuando miro a lo pasado...

—¿Qué es lo que más le atormenta?

—Todo. Mi vida de licencia espantosa, mi madre muerta de dolor, mi esposa... mi hija... y, sobre todo, mi amigo... ¡oh, mi amigo, asesinado por mí y maldiciéndome desde su inmensa tumba!...

Y con un movimiento convulsivo, el anciano hundió violentamente el rostro entre las ropas del lecho.

—Sosiéguese, amigo. Dios no quiere que usted muera con esa zozobra, y por eso me envía a mí para que

le asegure que su madre y su esposa murieron perdonándole, y Alberto... Alberto ha llorado durante muchos años aquel arrebató de ira y de odio, que pudo hundirlo en el infierno...

—Pero ¿qué dice usted, padre?... ¿Alberto vive?

—Vive, hijo mío, y en este momento es el hombre más feliz de la tierra.

Y separando las gafas verdes de sus ojos, y colocando su rostro en plena luz, continuó:

—¿Me conoces ahora, Lorenzo de Artal?

—¡Justicia de Dios!—gritó el enfermo, cerrando los ojos y queriendo saltar del lecho como para huir de alguna visión espantosa.

—No, no invoques a la justicia en la hora de la misericordia y del perdón. Reflexióna y comprenderás que todo lo ha dispuesto la Bondad divina, que no ha querido que tú ni yo nos perdiéramos para siempre.

—¿Luego tú me perdonarás?

—No: yo te he perdonado hace mucho tiempo. Escúcha: aquella noche terrible, en que tanto ofendimos al cielo los dos, alguien me vio caer al agua; y los marineros, ayudados por el mismo vaivén de las olas, que me alejaban y me aproximaban al barco, pudieron apoderarse de mí y llevarme al camarote, donde, como tú, estuve enfermo todo el resto de la travesía.

A poco de mi vuelta a España, perdí a mis padres; y hallándome solo en el mundo y amargado de la vida, Nuestro Señor me inspiró el deseo de entrar en su Compañía, disponiendo en sus altísimos juicios que la misma mano que algún día te hubiera arrojado de buena gana en el infierno, sea la que te abrirá en este instante la puerta del paraíso. ¡Ea! Eléva tu corazón a Dios y dispónete a recibir la absolución que en su nombre voy a darte.

Hubo unos instantes de silencio, al cabo de los cuales, el pecador, vencido por la gracia, comenzó la confesión humilde y dolorida de sus culpas. Incorporóse después en su lecho, e inclinando la frente con mues-

tras del arrepentimiento más vivo, escuchó su sentencia absolutoria y luégo estrechó y besó efusivamente la mano de su amigo, mientras un torrente de lágrimas brotaba de sus ojos.

—¡ Llóras !—exclamó conmovido el religioso.

—Por la primera vez en mi vida.

—¡ Demos gracias a Dios !

Al caer la tarde, después de una agonía breve y tranquila, en el postrer rayo de luz se extinguió la vida de Lorenzo.

Cuando el padre Lanuza se retiró aquella noche a descansar, sentíase satisfecho de la jornada ; había trabajado bien. No contento con entrar en su barca río adentro, se había arrojado en el amargo abismo de los dolores del alma, había luchado bravamente con las olas de la contradicción, y la pesca había sido magnífica.

Dejaba bien justificado su título de *pescador de hombres*.

V. DE CASTAÑEDA

UN LIBRO COLOMBIANO

(SEGADORES: *Florilegio Eucarístico*: Primer premio en el Certamen Literario Nacional, por Francisco M. Renjifo. Preliminar del doctor Rafael M. Carrasquilla—Bogotá).

Es para mí día *fasto*, de dulce y confortante recreación espiritual, todo aquel que trae alguna flor del delicioso edén de la religión y de las letras de la inmortal Colombia. Se siente y vive allí tan bien la religión, y se cultivan con tanto esmero las letras castellanas, y es tan íntima y personal la unidad de la religión y la literatura en mis amigos y hermanos de la fe, los colombianos, que, cuando me llega alguna flor, alguna aura siquiera de su jardín de aromas, me siento como transportado a un oasis en donde puedo descansar de mi jornada por el desierto de esta vida terrestre y saciar la